

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUSVIELA

EL SIGLO

¡Qué torpeza!

Entre los telegramas recibidos de Europa nos encontramos con uno que dice así: «Viena 28 de Julio.—Nueve agentes de inmigración fueron arrestados en Cracovia por haber incitado a los habitantes de ese distrito para que emigrasen a América.»

Nada más dice el telegrama; no explica los términos de las excitaciones de los agentes de inmigración que han sido arrestados. Debemos suponer que aquellos agentes se habrán limitado, como era natural, a dar noticias de la verdadera situación de los pueblos americanos, a explicar la facilidad con que los pobres y los artesanos de Europa pueden encontrar en América un bienestar relativo y a comparar esa facilidad con los obstáculos casi insuperables que el exceso de población les presenta en muchas comarcas del antiguo continente para obtener esos resultados.

Si considerásemos el asunto bajo el punto de vista del derecho, tendríamos que censurar duramente las trabas que se ponen al derecho indisputable que tiene todo hombre de trasladarse al país donde cree que le conviene habitar; y llamaríamos también la atención sobre el hecho de que las autoridades de Cracovia consideren como un delito el ilustrar a los habitantes de aquel país sobre las ventajas que puede ofrecerles la emigración a América.—En caso de que los agentes de inmigración hubiesen faltado a la verdad publicando datos falsos con el objeto de engañar a los habitantes de Cracovia, lo que procedería a rectificar o desmentir aquellas noticias y aquellos datos para evitar el engaño.

Pero bien sabemos que ciertos gobiernos son muy poco escrupulosos en cuanto al respeto que se debe a los derechos individuales y que se apartan poco en los medios que emplean para conseguir el objeto que se proponen.—Por eso nos limitaremos a considerar la cuestión bajo el aspecto de la conveniencia.

En primer lugar fácilmente se comprende que el perseguir a los agentes de inmigración debe producir un resultado diametralmente opuesto al que las autoridades se proponen. Cuando se emplea la violencia injustificada se hace sospechar que se carece de razón. Los que en Cracovia sientan alguna inclinación a inmigrar a América, juzgarán probablemente que cuando la autoridad persigue y arresta a los que tratan de popularizar el conocimiento de las ventajas que los países americanos ofrecen al trabajador, es porque esas ventajas son reales y positivas y se quiere impedir que sean conocidas por todos, porque al Estado le interesa evitar la salida de trabajadores, a fin de mantener el bajo precio de los salarios. De aquí se deduce que crecerá y se extenderá mas el deseo de emigrar.

Por otra parte, no consultan sus verdaderos intereses los Gobiernos europeos que ponen trabas a la emigración. Para nadie es un secreto que muchos países de Europa están minados por el socialismo y aún por el comunismo; y son ya muchos los hombres pensadores que temen con razón que lleguen para el Viejo Mundo una crisis suprema en que naufraguen instituciones y Gobiernos a impulso de la lava ardiente que se agita en las entrañas de aquellas sociedades, en las que cada día son mayores el lujo por una parte y la miseria por la otra.—Pues siendo esto así, los hombres de Estado deberían comprender que es un peligro, y peligro muy grave que se aumente en aquellos países la población menesterosa; y debían felicitarlos de que las necesidades y las conveniencias de la deshabitada América proporcionen fácil salida y trabajo mejor remunerados a los desheredados del antiguo continente.

No es probable que entre los agentes de inmigración que han sido arrestados en Cracovia haya ninguno de la República del Uruguay: tal vez se cuente entre ellos alguno de la República Argentina.—De todos modos, creemos que los Estados americanos están en el caso de informarse de las circunstancias que han acompañado el arresto y la persecución de dichos agentes, para reclamar contra esas medidas atentatorias al derecho de los mismos. Naturalmente corresponderá practicar esas gestiones a los Gobiernos que hayan nombrado los agentes de inmigración de que se trata; pero no debe olvidarse que hay un interés común para todas las Repúblicas americanas en propender a que los Gobiernos europeos no empleen medios violentos para impedir la emigración a América.—Sin duda que cada nación es dueña de legislar en su país como lo tiene por conveniente; pero también es cierto que los demás Estados no pueden consentir impasibles que se persiga a sus agentes, mientras estos no hayan dado motivo con su conducta a tal persecución.

OFICIAL

TRADUCCION

Legación de Francia en Montevideo.

Montevideo, Julio 30 de 1888.

Señor Ministro:

Vengo a rogar a V. E. quiera ser el intérprete cerca de S. E. el señor Presidente de la República de mis profundos y respetuosos agradecimientos, por las atenciones de que he sido objeto de parte de las autoridades civiles y militares de la República Oriental, durante el viaje que acabo de hacer al Salto y a Paysandú.

Me interesa tanto mas señor Ministro, en que S. E. el señor general Tajes conozca toda mi gratitud, cuanto que la acogida que se me ha hecho por sus representantes en el Alto Uruguay, es una nueva prueba de las relaciones de sincera amistad que han existido siempre entre nuestros dos gobiernos.

Quiera V. E. señor Ministro aceptar las seguridades de mi alta consideración.

Conde de Saint Foix.

A. S. E. el señor I. García Lagos, Ministro de Relaciones Exteriores.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Julio 31 de 1888.

A cédula recibo y publíquese.

TAJES.

ILDEFONSO GARCIA LAGOS

BANCO NACIONAL
DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

CAPITAL: \$ 12.000.000

MONEDA NACIONAL ORO SELLADO

TASA DE INTERESES

Cuenta corriente a la vista

Abona sobre saldos diarios. 3 %
Cobra 10 %

Caja de ahorros

Abierta todos los días hábiles y los domingos de 11 a 1 p. m., abona 5 % anual sobre saldos que permanezcan en el Banco más de 30 días.

La primera entrega no será menor de 10 % ni mayor de 200. Las siguientes pueden hacerse hasta el mínimo de 1 \$.

Los depósitos pueden retirarse previo aviso de 3 días.

Depósitos a premio

Abona 5 % anual sobre el saldo, pudiendo retirarse el todo o parte, previo aviso de 10 días.

Depósitos a plazo fijo

Abona interés convencional según el plazo recibiendo el depositante un pagaré a la orden, por el total de capital e intereses.

Descuento, préstamos y cauciones

Interés convencional según cantidad y plazo.

Sección Hipotecaria

Se presta con garantía de fincas urbanas o rurales al interés de 8 % anual y a plazos de 5 a 30 años, amortizando la cantidad recibida con pagos semestrales.

El Banco admite solicitudes directas o por intermedio de corredor, para todas las operaciones autorizadas por sus Estatutos.

Pedro Bustamante.

Presidente.

Domingo Ayarragaray

Director-Gerente.

Daniel Muñoz.

Secretario.

Deuda Ferro-carril a Santa Rosa

El 2 de Agosto próximo se dará principio al pago de los intereses de dicha Deuda, correspondientes al 30.º trimestre.

Montevideo, Julio 31 de 1888.

Daniel Muñoz.

ag-5

Secretario.

HECHOS Y RUMORES

Versiónes.—Dice el periódico del Salto *Ecos del Progreso*:

«Nos llegan algunas noticias de la 8.ª sección de camión, distrito de Belén, que nos enteran de algo bastante grave, que al parecer encierra una tragedia.»

Refiérese un hecho de la siguiente manera: El sargento de la policía de aquel punto, Quintín Roldán y el guardia civil Honorio Demetrio, desempeñando una comisión llegaron a una pulpería, en la que bebieron mas de lo regular. En tal estado continuaron su camino; pero la bebida les dio por tirar tiros a cuanto animal encontraban a su paso, logrando matar una vaca y herir otros animales.

Los vecinos perjudicados quejándose y en consecuencia fueron presos el sargento y el soldado referidos.

Estando ausente el segundo comisario señor Ruivales, encargado entonces de la Comisaría, se dice que se sublevó el sargento Roldán y dos guardias civiles mas y que haciendo uso de armas de fuego pelearon contra el personal de policías que guardaba la oficina, huyendo en seguida sin poder ser alcanzados.

Sabedor el segundo comisario Ruivales de dicho desorden, emprendió con los señores Telésforo Sanchez, Antonio Blanco, Pedro Serran y dos soldados la persecución de los fugitivos, a los que dieron alcance en el campo del señor Córdoba, antes de llegar a Guaviyú.

Los compañeros de Roldán ganaron el monte, y aunque se supone que hayan caído en poder de la autoridad aún no se sabe con seguridad; en cuanto al sargento Roldán, al oír la voz de su superior, ordenándole se rindiera, detuvo su caballo, siendo rodeado inmediatamente por sus perseguidores.

Corren rumores que es prudente no consignar, pero se asegura que Roldán no ha sido conducido ni a Belén ni a ninguna otra Comisaría rural.

—Dice *El Arapey*:

«En el pueblo de Belén, acaeció el suceso que pasamos a narrar, tal cual se nos ha referido.

Hallábase preso hace tiempo el sargento Quintín Roldán por haber dado muerte a un animal ignoramos si vacuno o caballar. Fugóse de la prisión en compañía de dos soldados llevándose las municiones del depósito de la Comisaría.

Luego que el 2.º comisario tuvo conocimiento de esto salió con algunos vecinos en persecución de los fugitivos a quienes hallaron a corta distancia del pueblo.

El sargento Roldán hizo fuego sobre el comisario en el momento en que le ordenaba de darse preso, no logrando acertarle. El comisario entonces cargó sobre Roldán matándolo de un solo lanzazo.»

Paraguay.—El doctor Aceval y don Francisco Guanes han negociado unas tierras en el Chaco, en la suma de 100,000 pesos pagaderos a tres, seis y nueve meses de plazo, siendo su comprador el señor A. Busk.

—El Gobierno puso el cumplimiento a los siguientes decretos legislativos:

Queda autorizado el P. E. para acordar a don Carlos von Gülich, de las rentas generales de la Nación la suma de un mil pesos fuertes una vez que dicho señor haya introducido y establecido en el país cien colmenas de abejas.

—Concédese a los señores Eusebio Bedoya y Ca., por el término de diez años las siguientes concesiones para el establecimiento de una línea de tramway de pasajeros y carga de la Asunción al Cerro de Tacumbú.

1.º Libre introducción de todos los materiales para la construcción de la vía, estación y tren rodante.

2.º Exoneración de impuestos fiscales y municipales.

Dentro del término de tres meses se obligan los concesionarios a principiar los trabajos; debiendo estar espedita la vía principal y ramales al servicio público dentro del término de dos años.

En garantía del cumplimiento de lo dispuesto en el artículo anterior, los concesionarios prestarán una fianza a satisfacción del P. E. por la cantidad de mil pesos fuertes, que quedará a favor del Tesoro Nacional en caso de no cumplirse dicha obligación.

Lo sublime en lo vulgar.—Barcelona, Julio 5.—Con éxito extraordinario acaba de estreñarse el drama del señor Echegaray *Lo sublime en lo vulgar*. El público ha tributado ovación inmensa a los actores Vico y Calvo, llamándoles a escena seis veces después del primer acto, siete en el segundo y 27 al final. Calvo, al terminar el acto segundo, dijo al público que telegrafiaría al autor dándole cuenta del éxito de su obra. Vico, después del tercero, dió gracias, en nombre del señor Echegaray.

Como obra literaria, es admirable, y como dramática se discute mucho. Aplausos repetidos durante las hermosas tiradas de versos de la mayor parte de las escenas. Vico hecho un gigante, especialmente en la escena del tercer acto con la señorita Calderón, ensayada con esmero. Ovación indescriptible; teatro lleno.

El argumento es el siguiente:

Un casado sostiene relaciones amorosas con una mujer casada con un hombre vulgar en la apariencia, pero sublime por su fondo. Este descubre el engaño de que es víctima y manda a un notario a que levante acta de adulterio en el sitio donde los amantes acostumbraban a verse. Pero el notario encuentra allí a la esposa del amante que, acompañada de un amigo, había acudido allí para sorprender a la criminal pareja, y levanta acta de la presencia de aquellos en tal lugar.

Los maridos se desahían y muere el seductor.

Puente de Hierro.—El que los señores Errans Capuro, Aguiar, Bates-Stokes y Poria van a

colocar sobre el Migueleta, en el Paso del Molino, ha llegado en el vapor inglés *Mascotte*.

Los indicados señores se han presentado al Gobierno solicitando exoneración de los derechos aduaneros por tratarse de una mejora pública que ellos gratuitamente van a realizar.

Herido.—El comerciante del Perdido (Departamento de Soriano) don Luciano Gonzalez, fué herido de una puñalada en el vientre por un alemán llamado Antonio Constantino.

Alcaldada feroz.—Leemos en *El Progreso*, del Carmelo:

«En una de las islas frente a Palmira ha tenido lugar un suceso sangriento que merece la atención de las autoridades argentinas.

Merodeaba por aquellos parajes un individuo llamado Juan Guardia, acusado de varios delitos cometidos en la provincia de Buenos Aires, quien habiendo entrado en relaciones amorosas con la concubina de un isleño le sopló la dama. Esto dió márgen para una denuncia ante la autoridad del punto, el alcalde Birguela ó Birruela, el que reuniendo media docena de hombres los armó con remingtons y poniéndolos de emboscada en momentos que el dicho Guardia entraba en una *ranchada* acompañada de la aludida concubina y del individuo Angel Poche, hijo del pueblo de Dolores, del departamento de Soriano mandó el alcalde Briguela hacerles fuego, cayendo gravemente herido Poche y la concubina hiriéndolo también después el mencionado Guardia.

Poche y la mujer heridos han sido conducidos para su cura a Palmira, asistiéndose en la casa de policía por la humanitaria disposición del sub-delegado señor Carámbula.

Banco Español y Río de la Plata.—Bajo la presidencia del señor Irizarri reunióse anoche en asamblea general esta importante institución dándose lectura de una interesante y meditada mención que fué aprobada en todas sus partes.

El socio señor Ordoñana hizo algunas apreciaciones a propósito de la institución y dijo, que siendo la mayor parte de las comisiones de campaña compuestas de españoles y siendo ese comercio muy señalado por su competencia y por su honradez, sentía en la capital la necesidad de un centro de verdadera seguridad en que reposasen sus operaciones, sus créditos y giros y tener también en sus manos, signos claros de su existencia, los cuales no podrían ser otros, que los billetes próximos a emitirse según lo expresaba la memoria.

Felicitemos pues a los señores que componen el directorio de esa sociedad y a su digno gerente el señor Tink por su tino verdaderamente práctico.

La diplomacia y las majaderías.—Hace corto tiempo que la prensa argentina publicó quejas contra el ministro de esa nacionalidad en París, señor Paz, una de las cuales era que le faltaba amabilidad hacia sus compatriotas.

Ahora tenemos la explicación, por cierto bastante clara y pintoresca, en la siguiente carta inserta en *El Nacional*:

Paris, Julio de 1888.

Señor Director:

La opulenta capital francesa, sin descuidar un momento su agitada vida de lujo y molición diaria, sin olvidar tampoco sus hábitos de laboriosidad, ni sus vehemencias políticas internas y externas, se prepara con infatigable entusiasmo a la celebración, fastuosa de la Exposición Universal que tendrá lugar el año entrante.

Es un movimiento afebrado el que se advierte en este gran París que goza, sufre, derrocha y pasa privaciones, todo a un tiempo, según la condición social del que en él vive.

Mi primera diligencia fué buscar la sociedad de nuestros compatriotas, que siempre causa placer encontrarse entre los suyos. Los argentinos en París, de que tanto oía decir en Buenos Aires, resulta que son un par de centenares, entre los que hay de todo un poco como pulpería de campaña. Mocitos que hacen tronar en orgullo los patacones que a fuerza de sudor y escaseces amontonó el pobre tata; caballeros pocos escrupulosos que cuando se les acaba el capital propio le pegan duro y parejo al ageno bajo formas variadas y con mas ó menos disimulo; y en fin, pobres diablos que bajo el dorado manto de americanos argentinos ocultan sus miserias morales ó pecuniarias.

Por supuesto que no todos son así, como bien se les ocurrirá a los lectores. Hay argentinos dignísimos, de ambos sexos, que observan una conducta irreprochable aquí como lo observaban en todas partes.

Cumpliendo un deber de cortesía fui a saludar al Ministro Argentino doctor Paz, a quien muy ligeramente conocía desde Buenos Aires. Me recibí cortésmente, conversamos largo sobre variados temas y concluí por preguntarme si podía serme útil en algo. Agradecí su ofrecimiento, pero me apresuré a manifestarle que mi principal objeto al acercarme a la Legación había sido ponerme a sus órdenes sin restricciones.

Casa. Se necesita una casa chica como no más de cuatro piezas con cocina, pero no muy lejos al centro de la ciudad é independiente de otra casa. Dirigirse á M. S., oficina de este diario.

1894.jl.29b

Consultorio Odontológico

DE
ÁNGEL GUERRA
CIRUJANO-DENTISTA
Arapoy, 114—Esquina Colonia
MONTEVIDEO

DE
ÁNGEL GUERRA
CIRUJANO-DENTISTA
Arapoy, 114—Esquina | Colonia
MONTEVIDEO

Tratamiento de las enfermedades de los dientes, etc., etc 48-perm.

SOCIEDAD COOPERATIVA

CONSUMO

84-CÁMARAS-84

El Directorio ha resultado obrar al servicio

El Directorio ha resuelto admitir al servicio público su primer establecimiento el día 18 de corriente, lo que se pone en conocimiento de los señores socios.

Montevideo, Julio 17 de 1888.

C. ROBIDO.
Administrador.

Doctor De León Se dedica especialmente al tratamiento de las enfermedades internas y de los niños.—Consultas de 1 a 3 p. m. y para enfermos repartirán ese día al que lo solicite.

Federico Prince

DENTISTA NORTE -- AMERICAN
 Tiene el gusto de avisar al publico y especialmente a sus relaciones, que hallandose restablecido, ofrece sus servicios profesionales en todo concerniente al arte dental.
Cámaras, esquina Buenos Aires

47.2 ed.

CAJA NACIONAL

DE

PEQUEÑOS PRÉSTAMOS Y DESCUENTOS

Autorizada por el Superior Gobierno por decreto
 de fecha 1.º de Setiembre de 1887
 CALLE SARANDI NÚMEROS 155A Y 155B
 DIRECTORIO

Presidente.	Pedro Garavagno.
Secretario.	Miguel Correa Lemos
Vocales.	Pompeo Citterio.
	Adolfo Yens.
Gerente.	Tito D. Marengo.

Seccion Descuentos

Hace préstamos sobre casas, terrenos, alquienes y sueldos de empleados públicos.

Se encarga mediante comision de pagos y
brores por cuenta de particulares.
Abre cuenta corriente con garantia de alqu
res ó documentos comerciales.
Los préstamos sobre sueldos podrán amortiz
por entregas mensuales ó trimestrales.

Hace préstamos a módico interés sobre metales nobles, alhajas y toda clase de prendas de valor.

La tasación de las prendas es hecha por un tasador jurado, un límite sumamente favorable.

Los intereses se pagan al vencimiento de la poliza.

Los sobrantes líquidos que resulten del remate de las prendas...

El Monte Pío de la Caja Nacional mudará oficinas en el mes próximo a la calle Zabala número 179a, continuando mientras tanto en el local que ocupa actualmente.

Tito D. Marengo
Director-Gerente.

1987-ag-31-b

REMATES

Rafael Ruano y C.^a

De muebles nuevos y usados espejos, cuas
aparatos de gas, alfombras de tripe. Bru
cortinados, una caja de fierro, estatuas t
cotta, gran surtido de artículos de bazar.
Trescientos árboles frutales calidad sel
En nuestra casa calle Gerrito núm. 187.
Mañana miércoles 1.º, á las doce en

to empezaremos la venta a la más alta por
de un grande y variado surtido de artículos
diferentes ramos que estarán a la vista.
El miércoles 1.º a las 2.
Muebles de sala, escritorio, dormitorio,
medor, alfombras y cortinados. 1930-

SAMUEL WARREN

LUCHAS DE LA VIDA

(DEL DIARIO DE UN MÉDICO)

¿Puede concebirse cosa mas triste y desconsoladora que la perspectiva que se ofrece á un joven médico, el cual sin amigos ni bienes de fortuna, aunque con las altas aspiraciones de su eminente profesion, se arroja en el oleaje de ese maremagnum que se llama vida? Tal era mi situación.

Después de haber invertido en el colegio y en mi educación médica la pequeña renta que mi familia mas ambiciosa que pobre, me habia asignado, me encontré á los 26 años de edad en Londres, poseedor de 100 libras en dinero contante, unos cuantos libros, un poco de ropa, un fondo insondable de esperanzas y una mujer, pobre y amorosa criatura, con quien habia tenido la debilidad de casarme hacia algunas semanas, por supuesto sin mas beneficio que el que nos producía el ardiente amor que ámbos nos poseíamos. Era la única hija de un viudo convecino mio, cuya fortuna habia decaído por desgracia.

Emilia era el orgullo de su sexo, y creo excusado añadir que formaba el encanto de mi juventud; después de haber asistido á su padre en su última enfermedad con cariñoso cuidado, sacó por única herencia su corazón de buena hija. Debo confesar que cuando nos hallamos cómodamente alojados en la poderosa metrópoli con tan pobre hacienda y los medios de fomentarla están tan remotos, nos vemos indecisos para adelantar un paso en la senda que nos hemos trazado. «El que no se aventura no pasa la mar, dice el adagio,» y lo tomé por máxima. Sentí en mi corazón la inexplicable confianza que alienta á todos los que se hallan en parecidos casos hasta el confuso, aunque no lejano día, en que se abren ante nuestros ojos mil caminos de ganar la vida, y puede uno acariciar el objeto deseado. ¿Qué satisfacción no se apodera entonces del alma al considerar que solo á nuestros propios esfuerzos debemos nuestra fortuna y el bien que poseemos! Sin embargo, como los gastos diarios iban abriendo brecha en mis 100 libras, mi ánimo comenzó á decaer progresivamente. Descubrí que podría

Reposar para siempre en la paz de la tumba

en vez de continuar en Londres sin dinero ó sin medios de ganarlo, y después de revolver infinitos temas, parecióme el único medio de salir de apuros acudir á la generosidad de los usuarios.

Afortunadamente mi padre me habia inscrito en la sociedad de Seguros de la vida por 5,000 libras en un período anual, sobre cuya suma le habian pagado el cuadrigésimo premio; esta infalible seguridad, añadida á la poderosa influencia de un caballero joven á quien habia prestado algunos servicios en el colegio, me fueron útiles para conseguir un préstamo del viejo Almo... por la cantidad de 3,090 libras al módico interés de 15 por 100 pagado por medio de la anualidad redimible. Lleno de miedo y temblando reconocí que era dueño de una suma tan considerable y no sin harta desconfianza de mi mismo, me preparé á ejercer con ella lo que los abogados solian llamar actos de *dominio propio*; pero como no habia tiempo que malgastar, tomé una casa bastante decente en C... calle del Este, la amueblé regularmente, dejé por fortuna el primer piso á un solterón de las indias orientales, llamado Dr... barnizó admirablemente la puerta, y marcando una línea en el gran efuvio de Londres resolví esperar la salida con paciencia.

Henchido de sanguíneos y flotantes espíritus traté de calmar mi corazón á favor del ejercicio pues mi única tarea durante los primeros seis meses se redujo á practicar el perdurable solacismo de atropellamiento *hauk passibus oegris* por las calles, como en espera de numerosos clientes; y de vuelta á casa meditar agradablemente sobre mis libros y dulcificar la compañía de mi amante y querida esposa; pero cuando transcurrió un año, casi sin tomar un pulso ni recibir una gratificación y me avisó el viejo L... que el plazo de la media anualidad, importante 225 libras; habia expirado, dirigí una ojeada á mi pasado, con bastante preocupacion, y pensé luego en el oscuro porvenir. De las 3000 libras que habia tomado con un interés tan cruel y exorbitante, me quedaba poco más de la mitad, y eso que habíamos observado una rígida economía en los gastos de casa y lo suficiente en el vestir para presentarnos con un exterior decoroso; pero desgraciadamente conocí que habia de contraer deudas, lo que unido al interés debido al viejo L... me ponía en una situación precaria y embarazosa. Si las cosas se acumulaban siguiendo esta marcha, ¿qué sería de mí en uno ó dos años? No haciéndome ilusiones, ¿dónde iba á encontrar fondos para pagar al viejo L... su anualidad devengada de 450 libras? Confiando en la perspectiva de éxito en mi carrera, habíame limitado á pensar en la devolución de las 3000 libras en el término de cinco años, á contar desde la fecha del préstamo, y ahora comprendí que debiera haberme vuelto loco para poder hacerlo. Si mi profesion me faltaba, no tenía con que ganar mi subsistencia, me hallaba sin recursos por parte de mi familia, pues mi padre habia muerto poco después de mi venida á Londres, muy comprometido en sus intereses, y mi madre, anciana y achacosa, habíase ido á vivir con algunos parientes, que eran muy pocos y muy pobres. Mi mujer, como queda dicho se halla en una situación no menos triste; no sé que tuviera ningún pariente en In-

glaterra: su madre y toda su familia eran alemanes, exceptuando

«Aquel, cuya mayor delicia Era llamarle esposa.»

En cuanto al lord, el caballero arriba mencionado, y de quien estaba seguro seria servido con franca y cordial complacencia, bien fuera efecto de negocios particulares ó de otra especie, se habia marchado al continente muy poco después de haber empezado á ejercer la facultad.

Como mis costumbres habian sido asaz tímidas y estudiosas durante mi permanencia en Cambridge, contaba con pocos amigos de colegio, y de éstos no sabia que habitaran en Londres. Ni mi mujer ni yo conocíamos mas de cinco personas, incluso nuestro vecino indiano, pues á decir la verdad, vivíamos como dos tórtolas, teniendo por único mundo el uno al otro, y sin inquietarnos lo mas mínimo por hacer conocimientos y relaciones; de modo que aunque nuestra inclinación nos hubiera hecho desear visitas, los gastos que imprescindiblemente requirieren, nos hubieran apartado de este pensamiento.

¿Qué debíamos hacer? Mi esposa solia decir: «Oye, amor mio, idearemos el medio de arreglarnos tan bien como nuestros vecinos; pero lo cierto era que ni podíamos pasarlos como los vecinos, ni veía medio de salir de un estado tan calamitoso. Empecé, pues, á pasar noches en vela y amargos días de duda, buscando acá y acullá empleo correspondiente á mi profesion, y redoblando mis infructuosos esfuerzos para obtener clientela.

Paréceme risible confesar que nuestros únicos productos habian sido unas pocas y miserables guineas que M. Asperne, el propietario del «Almanaque Europeo,» me invitaba de vez en cuando en remuneración de una especie de sumario semanal que le suministraba oportunamente, y una ó dos bagatelas de M. Nichols, director del «Almacén de los Caballeros,» en pago de varios dulces sonetos que mi mujer componía para su periódico.

Conociendo el provecho que resulta á menudo de la profesion unida á la autoridad, procurando al autor cierta nombradía en el objeto que trata, y poniéndole además en relaciones directas con los hombres eminentes de su propia carrera, determiné dar cima á un proyecto que se me habia ocurrido. Durante varias meses me ocupé de día y noche en una obra sobre las enfermedades de los pulmones,» que me causó infinitas penas, y eso que mi mujer endulzaba mis trabajos en las largas noches de verano, como un ángel descendido del cielo, consolándome y animándome con lisonjeros pronósticos. Servíame tambien de ayuda copiando el manuscrito en limpio, lo que me hizo pensar que debia al amable amanuense un bonito regalo en pago de sus desvelos. Cuando la obra estuvo completa, leída y releída veinte veces, de modo que no le faltara punto ni coma, me preparé, conmovido y lleno de esperanzas, á enterdarme con un librero de obras de medicina, esperando que de buen grado compraría la propiedad.

«Lo ménos que me dará, me dije, serán 50 libras, que aceptaré sin dudar un momento. Después pensé en dedicar ante todo una parte de esta suma para comprar un bellissimo vestido de seda á mi mujer.

¡Ay! ¡la suerte me fué adversa aun en este raiño de mi profesion!

El librero me recibió con mucha política, escuchó hasta la última palabra que le dije, pareció tomarse interés por mis obras, que le expliqué párrafo por párrafo, y hasta me aventuré á asegurarle que sin duda alguna atraeria sobre sí la atención pública. Mi corazón latió con alegría cuando su ojo de negociante inteligente se fijó sobre mi con marcado interés. Después de haber experimentado toda clase de emociones y de haber excitado mis mas bellas esperanzas, el bu librero removió sus gafas, y me aseguró con la mayor amabilidad que mi obra era de su completa aprobacion, pero que estaba resuelto á no publicar por su cuenta mas libros de medicina. Recordó que al oír esto palidecí de pena, y con voz desfallecida le pregunté si era su determinacion irrevocable, á lo que me replicó afirmativamente, porque habia perdido demasiado en especulaciones de este género. Tomé, pues, el manuscrito, y salí.

No bien hube salido de la tienda, cuando una lágrima, arrancada por el dolor y el desengaño, corrió por mis mejillas: casi me vi expuesto á llorar como un niño. De un momento á otro podía encontrar á mi mujer; pues habíamos estado hablando toda la noche y durante el almuerzo acerca del buen éxito (de mi entrevista con el librero, y su ansiedad no le permitía esperar mi regreso. En efecto, la pobre habia estado paseando de arriba abajo en la acera de enfrente, y corrió á buscarme cuando salí á la calle: no pude hablarla, y caí casi ahogado; pero sus continuas caricias y ternuras ahuyentaron los pesares de mi ánimo, y nos fuimos á comer. Por la tarde ofrecí mi obra á otro librero que, como John Trot, me dijo de una vez «que no habia semejantes negocios.» Ofrecíla después á cada uno de los libreros de medicina que pude encontrar, pero con igual suceso. Uno de ellos, frechóncho y colorado, ganguetó que si él se atrevía á publicar mi libro me pasaría a viso para que dejara de hacer obras y me dedicara á mi profesion; otro me aseguró que tenía en prensa dos obras parecidas, y un tercero á quien consulté, me dijo que, según su opinion, era yo demasiado joven y sin suficiente practica para escribir «un libro de tal naturaleza,» fueron sus palabras.

«Publicalo por tu cuenta, querido, dijo mi mujer.

Esto era formar castillos en el aire, pues cualquiera que fuesen los méritos de la obra me hallaba sin fondos, y un bondadoso librero á quien pedí consejo me aseguró que si la ponía en prensa moriría antes de nacer. Cuando volví á mi

casa, con ánimo de hacer el último esfuerzo, me dejé caer en una silla al lado del fogón, enfrente de mi mujer, y sin hablar una palabra. En el semblante de la pobre niña brillaba una dulcísima mirada de tierna solicitud; la agitacion y el desconsuelo que se notaba en mi continente la dieron á conocer mis desencantos y que habíamos perdido seis meses de penalidades. En un raptó de disgusto y de irritacion arrojé el manuscrito al fuego; pero Emilia lo arrebató rápidamente de las voraces llamas; me miró con una mirada que solo una esposa amante y sensible puede ofrecer, se arrojó en mis brazos; rodeó con los suyos mi cuello, y besóme, volviéndome á la calma, si no á la felicidad. Metí el manuscrito en un estante de mi gabinete de estudio, y esta fué mi primera y única probatura como autor médico.

Esta causa, ó si se quiere esta serie de causas, me persuadieron que yo estaba de antemano destinado á no poder jamás salir de mi miseria. Sin embargo, mi nombre aun se ostentaba sobre mi puerta, y mis respetables vecinos no podían menos de tener una buena opinion de mí, después de mi porte y de la regularidad de mis costumbres; sin embargo, ninguno me llamaba. De otra manera hubiese sucedido si hubiesen visto parados en mi puerta una multitud de coches elegantes, si en mi casa hubiera tenido tertulia, ó si al menos hubiera tenido un coche para correr la ciudad, y un palco en la ópera por las noches. A decir verdad, en mi falta de éxito, entre otras causas, debia tambien tener culpa mi exterior poco notable y mi porte modesto. No sé cómo mis compañeros se manejaban para tener siempre una sonrisa fija en su boca y una complacencia estudiada, ó tener su cabeza en una agitacion perpétua de saludo á la manera de un mandarin chino; pequeños medios, es verdad, pero muy útiles, á pesar de que no recurren todos á ellos para su reputacion. Mi gran desgracia era la falta de recomendaciones. Recordé que tenía un pariente, un casi primo en el cincuentésimo grado, persona de una fortuna y de un rango considerable, que habitaba en uno de los barrios mas elegantes de Londres, cerca de mi casa: pensé pedirle su apoyo: pero después de haberle pasado mi tarjeta, se me hizo aguardar tan largo tiempo en la antesala, en medio de las insolentes familiaridades de los lacayos, que olvidé mi pariente y salí de la casa muy sorprendido de haberme airevido á entrar.

Jamás habia intentado volver, y perdí la esperanza de encontrar por este lado un útil apoyo. Me hallé, pues, todavia entregado á mis propios esfuerzos por único recurso, y no contando mas que con la casualidad para tener enfermos. Es verdad que en esta época fui una vez ó dos llamado en casos extremadamente apurados; pero encontraba que los enfermos habian sucumbido antes de mi llegada sin el auxilio de mis visitas, y la manera con que se me ofrecía mi paga, indicaba bien que se me consideraba como un vil mercenario al admitir mis honorarios, y me veía obligado á rehusar la guinea que me hubiera bastado para vivir una semana feliz.

Algunas veces se me hacia llamar para criados, conserjes ó miembros subalternos de las casas grandes, y de todas las mortificaciones á las cuales está sujeto un médico joven, no es esta de las ménos penosas. Vais á casa del enfermo, en una casa mas ó ménos suntuosa, y se os previene que vais á entrar por la puerta cochera y por el patio.

Creo que en esta época fui llamado á toda prisa en casa del joven Sir Charles F... que vivía cerca de Mayfair. Lisonjeado con la perspectiva de asegurarme un cliente tan distinguido, corrí á su casa, dispuesto á hacer de manera que quedase contento de mí. Al entrar en el salon, encontré al joven baron envuelto en una bata de seda carmesí, complacientemente tendido sobre un sofá y saboreando una taza de té. Detúvome un instante para toser y examinarme, y después me invité para que vieses la pata de un perro de caza que estaba inflamada. Arrojé por toda respuesta al joven fatuo una mirada de cólera, y salí.

Cinco años más tarde, este mismo señor hizo los mas grandes esfuerzos para hacerme perder la confianza de una familia de distincion con la cual estaba emparentado.

Poco tiempo después sucedió que aun estuve peor, acacióme la desgracia de ser llamado en consulta en un caso grave, con el célebre doctor... Era mi primera consulta, por manera que deseaba salir lo mas airoso posible; empero jamás se me olvidará la insolencia y la ironía de las maneras de mi compañero, ni cierta observacion que se permitió hacer delante de muchas personas entre las cuales habia algunas de nuestra profesion. «Yo os aseguro, doctor... me dijo, que hay realmente alguna diferencia entre apoplejia y epilepsia; al menos eso era en mi tiempo. Pronunciando estas palabras con un aire de desdenosa conmisericordia, miraba la señora de cuyo marido nos ocupábamos. Tengo necesidad de decir que se guardó muy bien después de mandarme llamar. Tuve un rato de malestar pensando que estaba en las atribuciones de semejante hombre el retirar, como vulgarmente se dice, el pan de la boca de un pobre y necesitado compañero; pero ¿qué hacer? Por otra parte, tengo una verdadera dicha en decir que entonces los médicos en sus consultas eran mejores compañeros que ahora, y mas aun hacia aquellos que nuevos en la carrera pueden tener menos autoridad y crédito hacia sus clientes.

Algunas mortificaciones de este género agriaron mi carácter, y sin la inalterable dulzura y cuidado de Emilia mi existencia me hubiera sido insostenible. Yo no estaba mas adelantado que el primer día: nada me salía bien; mi pérdida me parecia irremediable. Los recursos disminuian rápidamente, porque mis gastos, á pesar de ser moderados, no me daban ningún producto. Morir de hambre ó morir en una prision, tal era la suerte que me parecia estar reservada.

Desesperado de mejoría, me decidí un día á insertar en un diario el anuncio siguiente: «Un miembro graduado en la universidad de Cambridge, pudiendo disponer de una parte de su tiempo, desea dar lecciones particulares de lenguas antiguas á los jóvenes que se preparan para el colegio ó á otras personas.»

Después de una semana de espera, recibí una invitacion, ¡una sola! Era la de un joven que ocupaba un empleo subalterno en la administracion, y que vivía en Pimlico. Me ofreció dos guineas por mes, *en su casa*, dos horas de leccion por la tarde, los lunes, miércoles y viernes. Me vi obligado á esto. ¡Sí! á esto, ¡qué condiciones un hombre bien educado, miembro de una universidad inglesa, debia someter su tiempo y sus penas, á un escribiente ignorante, y en esforzarse de hacer entrar en la mas exigua cabeza algunas nociones de gramática! Mis lecciones duraron un mes, al fin del cual me dijo un día con un aire de importancia, que teniendo adquirido un conocimiento práctico de los clásicos antiguos, me daba las gracias por mis atenciones.

¡Triple necio! No habia llegado en latin á distinguir un verbo neutro de un verbo activo; y en griego ¡que calamidad! estábamos aun en la primera declinacion, y me despedía. Dejando un discípulo por la última vez de tan bellas esperanzas, me sentí presa de dolores tan amargos como inútiles. ¿Por qué no habia entrado en la carrera de las armas ó partido para la América? ¿Por qué no habia yo tomado en el comercio algún empleo? ¿Cuántas veces maldije la ambicion que me habia atraído á Londres, y la orgullosa confianza que me habia hecho creer en el logro porque me juzgaba con talento. ¿Por qué no habia permanecido en un esfera mas humilde? Yo no habia gastado las tres mil libras que me costaron tan caras, sin tener al menos la esperanza fundada de su reembolso un día, y de procurarme por mi trabajo una modesta existencia. Mas todos estos buenos pensamientos vienen ordinariamente cuando es demasiado tarde, y no sirven jamás sino para hacer la existencia mas amarga y el pensar de no haberlo hecho.

Una miserable suma de 300 libras esterlinas, hé aquí todo lo que me quedaba del dinero que me habia prestado el judío, y tenía que pagar dentro de quince días á mi casero y un semestre de interés de 225 libras. Además, ya debia algunas cantidades á mis habituales proveedores, que me apremiaban incansables. Mi mujer estaba en los últimos meses de su embarazo, y mi salud declinaba bajo el peso y la doble influencia del dolor y de las privaciones; pero ¿qué hacer?

Sobrecogíome una desesperacion profunda que se apoderó de mis facultades al considerar que la fortuna habia cerrado todas sus puertas para mí. Desde entonces huyó el reposo de mi alma; solo dormía una, dos horas por la noche, pero tan inquieto, tan desahogado que me despertaba al rayar el alba más muerto que vivo; permanecía tosiendo en la cama, revolviéndome de un lado á otro, meditando proyectos ó concibiendo quimeras que á fuerza de fijarse en mi imaginacion alcanzaban el aspecto de realidades; pero ninguna de ellas resistía el ardiente rayo del sol que las disipaba como á las sombras de la noche. Me vino en mientes establecer un periódico de medicina y escribir acerca de las enfermedades del pulmón—materia que me era sumamente familiar—anunciándome á mis colegas como un mero practicante; pero ¿cómo encontrar el dinero suficiente para dar cima á la empresa? Yo contaba con 300 libras y tenía que pagar anualmente á mi viejo acreedor 450; esto era el simple hecho sin que diera lugar á engañosas ilusiones.

A pesar de la situación precaria que sobrecargaba mi existencia, jamás cruzó por mi mente la idea del suicidio, y si por acaso el demonio pretendía atacar con sus malévolas artes la parte vulnerable de mi corazón, un sentimiento fuerte y lleno de confianza en el poder y la bondad del Supremo Hacedor ahuyentaba al maligno combatiente. Por mas que contemplaba á mis piés el abismo de mi ruina, no dejaba de halagar una débil esperanza, confiado en que algun suceso imprevisto cambiara el torcido rumbo de la nave de mi fortuna, y este pensamiento suavizaba por un momento mis acerbos dolores y me hacia olvidar las desgracias que me amagaban.

Recuerdo que hallándome un día por la mañana sentado en un banco del parque de San James, me sentí débil, desfallecido y como nunca desanimado. Aquel mismo día habia pagado un crédito de mi tendero importándole diez libras, cuyo individuo tuvo el descaro de manifestar á mi criado que á causa de lo poco que le era el cobro de sus géneros, se veia en la necesidad de no contarme para en adelante en el número de sus parroquianos. El pensamiento de que mi crédito era sospechoso entre mis vecinos me fué insostenible; la ruina y la desgracia se adelantaban, pues, á pasos gigantescos; al encontrarme sin acreedores, y á ser vería llamado poco menos que estafador, y se agregó como una vívora de los lugares de la sociedad. Aunque terribles estos pensamientos no me ponian en el último extremo de la desesperacion: crucé los brazos sobre mi pecho con silenciosa apatía, desandando únicamente que cualquiera que fuere mi destino se mostrara de un golpe ante mis ojos.

Mientras de esta manera meditaba, pasó cerca de mí un brillante regimiento de soldados, precedidos por su banda que lanzaba al viento sus alegres sonidos, llevando una conmocion extraña á las doloridas fibras de mi corazón. Cuántos rostros brillando de contento se buscaban felices y regocijados sin parar mientes en el malaventurado que se hallaba junto á ellos! No pude contener las lágrimas que asomaban en mis párpados, y lloré como un niño pensando en la ternura y en el interés de la pobre Emilia, á par que en mi triste y miserable situación.